

LA PARTIDA DE AJEDREZ

“... Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero...”

Jorge Manrique

LA PARTIDA DE AJEDREZ

(O la historia de la Princesa Suca y Mateo enamerado)

Ya hacía dos años que el tío Enrique no venía a pasar las vacaciones con los hijos a Cali, por eso, a su llegada, todo fue alegría y bullicio entre los niños. Se iniciaron los juegos y dieron principio a sus chiquilladas y travesuras.

El tío Enrique tenía tres hijos: Junior de 12 años, y dos mujercitas: Helena de 10 y Patricia de 7. Llegaba a casa de su hermano Arturo, junto con su esposa. Los sobrinos eran siete, de quince años a 6 meses. Se querían mucho las dos familias. Se entendían las señoras y deseaban la llegada del verano para reunirse.

Ese día fue de especial animación como era de suponer. Se contaban historias, curioseaban los unos los juguetes de los otros; hablaban las cuñadas y los dos hermanos, sentados en cómodos sillones, conversaban afectuosamente. El tío Enrique se quitó el saco, corrió el botón del cuello, desanudó la corbata y con una sonrisa ansiosa y cordial le propuso a su hermano :

- Una partidita?

Arturo sonrió y le dijo:

- Vienes con muchas ganas ?

- No es sino que digas.

- Listos.

- Quieres un trago?

- Una copita de coñac.

El tío Arturo se levantó al bar de la casa, sacó las copas, la botella de coñac y fue por el jugo. Acarició a Bring, el viejo perro cazador que se le acercó y regresó: a los dos les gustaba mucho el ajedrez, y cuando se reunían no hacían otra cosa que jugar. Bring se echó a los pies de su amo. Era una estampa familiar verlos así pasar las horas reflexionando ceñudos y luego reventándose en explosiones inesperadas de risa. De tal manera se apasaban que se olvidaban de todo lo demás, excelente oportunidad que encontraban los niños para darse a las suyas.

Desde un principio se concentraron en el juego; no existía nada distinto al tablero, donde pensativos urdían ataques y defensas.

Fue una gran dificultad para las esposas obtener que se sentaran a comer, y durante la comida varias veces se levantaron a examinar la posición de las fichas, a calcular movimientos.

Después de una breve pausa para reposar los alimentos, de nuevo se enfrascaron en su juego y las horas rápidamente fueron transcurriendo. Las madres empijamaron a los niños que ya desde aquel primer día convirtieron los cuartos en campos de batalla, guerras de almohadas y lucha libre. Las risitas, los gritos y el rodar de lámparas y floreros, hacía que

las dos buenas señoras fueran a pasar revista por las habitaciones infantiles, pero todo lo encontraban silencioso y se diría que la paz celestial se reflejaba en los rostros dormidos... de los angelitos... y apenas las sentían alejarse, cesaba la tregua y reanudaba el combate total.

Dieron las doce de la noche: tun! tun! tun! tun! tun! tun! tan! tan! tan! tan! tan! tan!
y los señores seguían jugando. Arturo se frotó la cara con las manos y dijo :

- Ya está tarde.

- Sí, mañana continuamos.

Al subir al segundo piso se despidieron, Andrés, uno de los hijos de Arturo, que dormía con Junior, los sintió pasar y llamó a su primo.

- Ya se acostaron...

- Quienes ?

- Pues los tíos...

- Bajamos ya?

Descendieron en puntillas, los bandidos. Querían ver lo que tanto entretenía a los señores; pero cuál no sería la sorpresa, cuando al acercarse al tablero de juego se encontraron con el increíble hecho de que, como suceden en los cuentos infantiles, las fichas hablaban.

Era otro mundo casi imposible de creer.

En sus caras de alegres y buenos sinvergüenzas se reflejaba la sorpresa. En un principio quedaron perplejos, pero después fue el interés por conocer este mundo misterioso y fantástico lo que los atrajo. Estaban atónitos. Las fichas no eran fichas, eran personas de carne y hueso con sus vestidos antiguos. Los peones unos eran viejos, los otros jóvenes; unos con barba, los otros calvos, unos gordos, los otros flacos; unos personajes ilustres, otros duros analfabetos; el tablero de cuadros era de dorados y verdes campos donde la hierba olía por la lluvia que los mojaba, y los caballos dejaban su rastro al regresar a los establos del Castillo.

De repente se olvidaron de la casa, de que era hora de dormir, y se vieron caminando por un bosque. Era de noche y oían voces que venían por entre un claro cercano. Se aproximaron cautelosamente y descubrieron a unos guerreros que bebían y comían en medio de grandes abrazotes y risotadas. Hacía frío. De una fogata se desprendía un exquisito olor a carne asada y aromas de café.

- Cobarde ! - gritó una voz desafiante.

- Traidor! - le respondió otro -, y enseguida se oyó el choque de las espadas: tas, tas, clin!

- Sos mal bebedor. Ya estás borracho.

- Cuidado botan el vino, brutos - reclamó otro, recogiendo una garrafa que en las andanadas ponían en peligro.

Así pasaban el tiempo con bromas pesadas. Estos eran enviados del Rey de Etamis, apostoados allí para informar sobre el Duque de los Caballos Negros que los tenía amenazado con invadir sus dominios, arrebatarle el cetro, y continuamente empleaba sus milicias en el pillaje.

Burr! burr! - estornudó un caballo que pasó por el lado de los niños. Inmediatamente se agacharon dentro de la maleza y vieron a un caballo que regresaba cansado. Traía sus vestidos húmedos; la montura, las armas y los arreos mojados. Bajó de su cabalgadura y le

entregó el cabestro a un peón. Parecía tener antigüedad porque los demás dejaron de hacer sus chanzas y se tuvieron bien, guardando compostura.

- Dónde está Mateo? - preguntó
- Desde esta mañana, que por aquí vino el Príncipe con su Alteza en Compañía del Alfil, Mateo se fue siguiendo la comitiva; parecía alelado.

- Cómo va a ser ?
- Y desde entonces no ha vuelto.
- No ha regresado en todo el día? Si él no podía cruzar el río.
- Abandonó el puesto.
- Qué muchacho ese. Habrá que llevarlo a la torre.
- Precisamente comentó que eso era lo que deseaba. Que en el Castillo tendría mayor oportunidad de hablarle a la Princesa. Está loco.
- Cuando se entere el Alfil lo mandará a azotar. To me he cansado de decirle que no siga con esas ideas; que en la sociedad cada uno tiene su puesto y debe conocer y conservar las distancias. Pero, dame un poco de café que vengo con frío.
- Qué movimientos hace el enemigo ?
- En el Valle vi una partida de siete peones y los Caballos Negros. Ayer hicieron una avanzada hasta los alcores de la colina de Jadraque. Con ellos venía la señora que tiene fama de ser una Dama muy hermosa.

Mientras tanto, en el Carillo, Mateo enamorado miraba pasear por la Torre a la Princesa. Se la veía joven y bella, con los rubios cabellos cayéndole sobre los hombros contrastando con su largo vestido blanco. Estaba con su Aya; y en un momento, cuando estuvo cerca de su escondite de improvisó salió Mateo y le declaró su amor. No tuvo tiempo de recibir otra respuesta que el miedoso grito de la acompañante, por el que salió el Alfil con varios criados y lo detuvieron.

- Este es de los enviados al paso del río.
- Qué haces por aquí, si este no es lugar para tí?
- Ha abandonado el puesto.
- Yo deseo hablarle a la Princesa...
- Esas no son maneras. Llévenselo a la celda de la Torre, que mañana ya veremos.

La Torre que escuchaba las conversaciones de todos, que le conocía a cada uno sus secretos y veía al joven lleno de los ímpetus de la juventud, estuvo atenta a sus palabras. Ya hacía algún tiempo que veía a Mateo con un proceder distinto al de su padre. Era de una familia campesina y pobre, pero se le veía decidido a abrir todas las puertas, digno del mejor de los puestos. La Torre fue testigo de otra ocasión en que su padre fue a llevárselo a cumplir con sus deberes de aldeano antes de prestar sus servicios al Rey:

- Tienes que ser como nosotros.
- Yo no quiero pelearme contigo padre, pero yo quiero intentar mi propia vida, no la que tu me tienes destinada.
- Por generaciones hemos sido aldeanos.
- Yo no cumplo ese papel. El bufón se ríe de todos.
- Qué quieres decir?
- El bufón dice muchas ironías y se burla de todos, de Reyes y de Caballeros.

Se burla de todos, de las tradiciones.

- No conseguirás demasiado; quien se sale del camino trazado por sus mayores se extravía.

- Lo prefiero.

- Estás loco. Sufrirás. Te perderás.

La Torre, en aquella ocasión escuchaba silenciosa y hasta sentía afecto por el temerario Mateo. Ahora al verlo persistiendo volvía a experimentarlo, mas le asaltaba una preocupación; había notado que el Alfil estaba celoso.

Tres noches y tres días debió permanecer Mateo a pan y agua en la sola y oscura celda de la prisión de la Torre. Cuando lo llevaron los criados ante el Alfil estaba pálido y débil. El Alfil era irónico y duro. Lo trataba con desprecio. Mateo tenía fiebre y ardía en deseos de ver a la Princesa. Su locura irritaba al Alfil quien después de azotarlo y advertirlo lo hizo echar a empujones.

Más enamorado quedó Mateo; con mayor ansiedad de verla, de hablarle. Iba por el camino sudando frío, tambaleando su agotamiento, cuando de repente lo rodeó una partida del Duque. El pobre Mateo no tuvo la oportunidad de defenderse. Lo interrogaron sobre la familia real. La partida había puesto jaque al Rey pero éste movilizándose por las escaleras del enroque de la Torre lo había evadido. Lo buscaban afanosamente.

Los caballos azabaches del Duque eran briosos, los paramentos y los guerreros con sus capas negras en las que resaltaba un bellissimo tulipán dorado en el centro de la espalda llamaron la atención del joven. De una alta ventana de la Torre los descubrieron los vigías y comenzaron a tirar flechas con arcos y bayestas. Los nerviosos caballos se encabitaron y sus jinetes emprendieron galope llevándose consigo a Mateo prisionero.

Abrieron las puertas del Castillo. Tendieron el puente sobre el foso. Iniciaron la persecución. Se sentían el golpear de los cascos sobre el cuadriculado terreno del tablero de ajedrez, adelante los negros y hermosos del Duque desafiante, al viento ondeando las capas y las crines y atrás, se esforzaban por darle alcance, zigzagueando, los magníficos ejemplares del Rey, blancos, nerviosos, de músculos poderosos y herraduras de plata. Salieron al campo abierto; ya se iban a enfrentar en lucha cuerpo a cuerpo; al encuentro iban lanzas y espadas cuando detrás del tronco de un árbol apareció un guerrero de capa negra que derribó un caballo del Rey, mató al noble animal y acabó con su jinete.

Al verlo caer, su compañero dio media vuelta y aventándole el potro encima vengó la muerte de su amigo. Mateo aprovechando esta circunstancia logró escapar.

Lo alcanzó la noche en la espesura del bosque, junto al río.

Noche helada, sin luna y sin estrellas. Mateo hambriento y sin abrigo, sentía miedo. Estaba nervioso. El más leve de los ruidos lo sobresaltaba.

El buho lanzaba al viento su lamento acostumbrado entre las ramas de los gigantescos árboles deformes, uhh, uhh, uuunnn. La culebra su agudo silbido arrastrándose. Los murciélagos revoloteaban por aquel paraje inseguro y aterrador. Mateo durmió poco.

Al despertar la mañana continuó su camino y aún siendo temprano tocó a la puerta de su casa.

- ¡Hijo! exclamó su madre.

- Rebelde! lo recriminó su padre. - Estás llenando de comentarios nuestra familia; estás dando mal nombre a nuestra casa, que aunque pobre siempre fue leal al Rey. Tus locuras lindan con la traición a Su Majestad. Para darme la deshonra que me traes preferiría no verte más! qué cosas haces!

- No lo regañes, José. Cálmate un poco. Sigue hijo, y toma algo.

- Gracias, madre.

- Cuentan que el Alfil te mandó a azotar.

- Así fue.

- Por causa de la Princesa?

- También él se fija en ella, pero teme decírselo.

- No lo ves? Ya entrarás en razón, mozalbete descarado.

- Ya sé que te parece imposible, pero mi corazón me impulsa hacia ella y sé que bien me mira.

- Fantasías. Tu eres un Aldeano. Un peón de Su Majestad y si no cumples tu papel pagarás cara tu osadía.

- Jamás iré de cuadro en cuadro como lo mandan tus costumbres.

Prerifero libertad en el recorrido como los nobles.

Por qué he de contener?

- Impertinente! - exclamó el viejo disgustado. Ya verás como la vida apaciguará tu orgullo.

- No le temo. Crees que el Alfil es algo más que tu y en tu propia creencia te limitas y te le entregas rendido. Yo no.

- No ves que con la espada lo vencería ?

- Desleal. No quiero oírle.

- No quieres oírme aunque yo no acuso tu conformidad; pero tienes temor, en razón. El miedo es lo que mata al hombre.

El miedo a buscar sus posibilidades. Cada uno de nosotros tiene que buscar su forma, para cumplir con su destino encontrándose a sí mismo.

La madre escuchaba callada.

- Toma. Desayúnate - intervino.

Y Mateo, tomando una taza de leche caliente, le dijo a su padre:

- No ves como zigzaguean los caballeros; no ves tu mismo las travesías del Alfil? Los movimientos de la Realeza y de la Corte? Lo que ocurre en la Torre?

- Y el Rey; no es lento el Rey ?

- Cosas de la edad. Precisamente el impulso que llevo es el de la juventud que vivo; cómo quieres que renuncie a ella?

- Déjalo tranquilo, José - interrumpió la madre.

- Está bien que el Alfil haga travesías, puesto que hace lo que le corresponde; está bien que la Reina recorra el campo a su antojo, puesto que sus voluntades la que manda y el Rey es anciano; y está bien que sobre el tablero galopen al zigzagueo los caballos; pero tu, hijo mío, hijo de este modesto peón, cómo aspiras a lo que la cuna no te dio? Y mucho más desacertado todavía enamorarse de la Princesa Suca.

- No te disgustes José, déjalo llegar.

- Como voy a dejarlo tranquilo, mujer. Si este presuntuoso no conoce la seda y se sienta en mesas de duro pan y no de manteles y manjares? Qué sabrá tu hijo de refinamiento? Qué sabrá de comodidades y vajillas el obstinado Mateito, él que duerme en tablas ?

- Déjalo, déjalo. No te enojés hombre - calmaba la mujer a su marido.

- En tablas quedaremos todos: así termina el juego de la vida, pero por lo pronto tengo otras aspiraciones respondió Mateo.

- Bueno, no discutan que no es hora para estas cosas. Y tu, tómate tu leche que vienes con frío.

Y el buen José, al cabo de un segundo de no saber qué hacer, ni qué decir, se rascó la cabeza y la barba, se movió en un cuadro y salió azotando la gruesa puerta de madera, lleno de preocupaciones por el futuro de su hijo.

En verdad que José no sabía qué hacer. Lo quería y le daba miedo que llevado por sus soberbias ideas fuera mal recibido en el ambiente real y temía, que fuese castigado por mirarse en los ojos de la Princesa.

Pero..., era cierto, como se decía, que a la Princesa le gustaba. Y el Alfil estaba celoso.

El Aya de la joven comentó al Rey las impertinencias de Mateo en la Torre, y el Alfil que la escuchó prometió darle un castigo ejemplar si volvía a reincidir. Pero el Rey preocupado por los repetidos ataques no puso mucho cuidado a estas quejas de sus servidores.

- Humberto - que era el nombre del Alfil -, quiero que pongas en lugar seguro a la Reina y a la Princesa Suca, pues ha llegado un mensajero con noticias de que el enemigo atacará.

- Si su Majestad.

El Alfil encantado acompañó a las Damas a un protegido lugar del tablero. Allí se esmeraba en atender a la Reina y en ganarse la estimación de Su Alteza. El mismo mató a un lancero del Duque que se atrevió a acercarse y con vanidoso orgullo se inclinó ante ellas.

- Llévense a este miserable de aquí - ordenó, y al punto lo atendieron.

- Niños a acostarse! gritaron desde arriba. - Estos niños donde estarán?

Comentaron; pero los niños no oyeron las voces y siguieron absortos en los sucesos del tablero mágico. Sólo una vez tuvieron miedo, y fue cuando sacaban al lancero que mató el Alfil, que este volteó a mirarlos y les dijo:

Qué hacen ustedes aquí? váyanse a dormir mocosos.

A los niños les pareció odioso.

- Humberto! Llamó el Rey.

- Si Su Majestad.

- Quiero que vaya con su hermano y le informe al Duque que estoy dispuesto, a medir fuerzas. Que acabará con él, con sus trampas y desafueros.

- Si Su Majestad. Enseguida partimos en compañía del Jinete Real.

- Usted es un excelente guerrero. Usted honra mi Castillo.

- Gracias su Majestad.

Cuando el Alfil iba por el campo camino a los terrenos invadidos por el Duque, el Jinete Real, se desvió para atacar un guerrero de Tulipán Dorado y él, Humberto siguió solo. Con exagerado atrevimiento continuó y cuando menos lo pensaba, lo aprehendieron. Lo cogieron entre dos tulipanes del Duque. Lo iban a decapitar y cuál no sería su sorpresa cuando vio llegar al Jinete, con Mateo al anca y en dos ágiles jugadas, matar a uno y ahuyentar al otro. El Alfil reconoció a Mateo que su vanidad lo había hecho perder el dominio y le dió excusas por haberlo mandado a azotar. Cuando regresaron al Castillo el Alfil contó al Rey las virtudes de Mateo y éste fue declarado Caballero.

Fue una gran responsabilidad la que le confió al nombrarlo El Rey, Jinete de su Reino. Era el único caballero pues su par había caído en anterior combate.

Una mañana que Mateo estaba en las caballerizas cuidando su caballo blanco, la Princesa que paseaba se acercó.

- Mateo.

- Si Alteza ?

- Que hermoso caballo.

- A servicio de su Alteza. Quiere montarlo ?

Pero cuando Mateo y la Princesa conversaban, tras la cortina de la ventana de una de las habitaciones el Aya espiaba con malsana curiosidad los movimientos de la Princesa.

- Su Majestad ?

- Si?

- Observe usted cómo aquel peón no sabe tratar a la Princesa.

- Allá abajo, en la caballeriza.

- Es Mateo?

- Si Su Majestad.

- Ya no es un peón, ahora él es el Jinete Real, lleva cimera.

- Perdón, Su Majestad, es que por sus maneras groseras...

- Ya aprenderá; ya se pulirá; el Rey siente mucha admiración por él. No te gusta ?

- Es impertinente y presumido.

- Tal vez. El orgullo es a veces el mejor aliado de la inteligencia. En las batallas de la supervisión. Yo lo encuentro apuesto.

En una de las próximas reuniones lo invitaremos. Estoy segura que Suca querrá conversar con él.

- Desea su majestad que la peine?

- Sí y luego me llamas al bufón que quiero hacerle algunas preguntas.

- Sí, Su Majestad. Está con el Rey.

- No, entonces espera, me reuniré con ellos.

La reina entró a la Cámara Real, y se asomó al balcón. Descubría las delicadas cortesías de Mateo...

- Quiere montarlo ?

-...Sí...no...bueno sí.

- Como desee la Princesa. En esas el caballo relinchó y ella con un tímido asomo de temor le preguntó:

- Es manso?

- Es brioso y manso a la vez. Yo no se lo ofrecería si Su Alteza corriese peligro...

- Gracias, caballero.

La Princesa lo montó con donaire recorriendo los alrededores conversando entretenidamente.

- Es usted muy valiente, Humberto ha contado del valor de usted.

- Si fuera cobarde jamás podría merecerla.

- A la vida mía.

- Ah!

Se le veía bellísima a la Princesa Suca con toda la espontánea hermosura de su juventud. Esa mañana iluminaba el sol radiante animando la naturaleza a su mejor quehacer y Mateo sentía gozo en su pecho y alegría en su corazón.

La reina que los había estado mirando le preguntó al bufón:

- Oye: tu que eres artista y filósofo, podrías decirme una cosa ?

- Dos, tres, cuatro...

- Podrías decirme, qué es el destino ?

- El destino. El del cauce, que el río le rueda encima. El del relámpago, alumbrar.

- Y el del Hombre?

- La guerra - dijo el Rey.

- Sí, las guerras - confirmó el bufón.

Y saltando de un lado a otro continuó diciendo: Las guerras. Todas las clases de guerras, las guerras cortas y las largas. Las difíciles y las fáciles. La propia vida es una guerra en el aire; si el aire se acaba nos asfixiamos y pi, pi, pi, nos morimos - concluyó riéndose chillonamente.

- No te acabo de entender del todo - reclamó la Reina buscando una explicación. Podrías decirme cuál es el destino de la Princesa ?

- El del vestido.

- Ya sé que eres entendido en esta materia; pero podrías aclararme?

- Sí, le respondió cortante, y acercándose a la ventana miró y le dijo: El destino de la Princesa es el de su vestido: cuando lleve vestido blanco se le manchará de negro y cuando lleve vestido negro se le manchará de blanco. Cuando tenga una alegría, las mariposas negras se le posarán en la mejilla y le amargarán sus ilusiones; y cuando esté triste, las mariposas de colores al revolotear le anunciarán gratos sentimientos.

- Mariposas negras! sabes? el negro es un color hermoso.

- Lo sé. La comparación es antigua. Digo negro para nombrar la pena, porque en la oscuridad al hombre se le dificultan las salidas.

- El onix es una piedra valiosa.

- Lo sé. Lo sé

- Creo que te estás debilitando - dijo el Rey al bufón.

- Mas Su Majestad que no le reconocen sino el derecho de avanzar un cuadro, y que teniéndolo todo ni le dan a conocer sus reino.

- Quien no conoce no tiene; es como ser Rey de nada.

- Enredos tuyos para salvar la situación, y no seas mordaz, insolente y contrahecho aprendiz de brujo.

- Ja, ja, ja! pobre Rey que apenas si avanza un cuadro.

- No incomodes avichucho.

- Pero, dime Bufón, insistió seriamente la Reina - Será feliz ?

Tendrá salud? Será querida por su marido ?

- Cuando el jardinero planta las rosas no sabe cuál de ellas será la más hermosa; cuando el enamorado la roba furtivo para llevarla a su amada busca la mejor, y podría ser la peor que ella por la más bella la tomara. La rosa no sabe de su fealdad o belleza pero la amada si sabe de su felicidad. En la princesa es igual y debe enseñarle esta máxima; El destino es un estado de ánimo. La armonía ata y desata todos los nudos.

- Armonía, es palabra de agotado sentido, Gastada, regastada, completamente vacía.

- No podrías entender tu, cómo hay armonía en la enfermedad.

- No. La verdad que no.

- Y sin embargo es así. Cuando hayas comprendido esto conocerás del destino de tu hija, y el destino de los hombres.

Mateo al ver a los reyes en el balcón hizo una reverencia.

La Princesa y Mateo continuaron. Iban agradablemente conversando cuando descubrieron en el horizonte una polvareda. Era una arremetida sorpresiva del enemigo.

- Vamos Princesa. Regrese usted y avísele a Humberto. Pronto!

Cuando llegó el Alfil, Humberto y Mateo se fueron a contrarrestar el ataque. Llamaron arqueros y lanceros. Organizaron la catapulta y los guardias de la defensa. Uno de los arqueros tenía una peladura en el pie y se fue rezagando: La bota le rozaba. La Reina nerviosa se acercó a la Torre. Al enfrentarse los combatientes se estrellaron tan estrepitosamente que en un instante todo fue confusión y fuerza. Lamentablemente una flecha penetró por una de las ventanas e hirió de muerte a la Reina. La sangre tiñó de rojo su vestido y cerca de las llamas en que se consumía la Torre la Reina cayó derribada y sin sentido. En medio del humo, del llanto y de la angustia, arriesgadas a quemarse por el fuego que a minutos se extendía, el Aya y la Princesa lograron apartarla; pero ya era tarde y la Princesa desesperada se arrodilló a llorar sobre el cadáver. Afuera se combatía sin piedad. De una coz un caballo negro partió la cara del arquero retrasado. Mateo al verlo se abalanzó contra el jinete y en el suelo le dio muerte con su espada, mientras Humberto y los peones sacaban al adversario en retirada.

Al regresar al Castillo, recibir la noticia de la muerte de la Reina los entristeció, y al cundir entre las gentes, las deprimió y desanimó profundamente. Se diría que con ella morían muchas de sus fuerzas, muchas de sus esperanzas. El anciano Rey que la quería se sintió más solo que nunca y acongojado le revivieron sus viejos achaques de apoplejía. Sabía que no tenía el vigor para gobernar, le faltaba lucidez y rapidez para las soluciones. Las riendas efectivas del poder las tomaron entonces don Humberto y su hermano.

Mateo comprendiendo el dolor de la Princesa le ofreció su compañía. La linda cara de la joven oculta tras el negro velo de luto expresaba agradecimiento. De haberla visto Mateo en ese instante habría podido notar como traslucía su esperado amor.

El día de las pompas fúnebres en honor a la Reina, un enviado del enemigo logró infiltrarse y apuñaló al hermano de Humberto. Todo amenazaba al Reino. Se había diezmado la población. Los impuestos eran muchos y el Duque ganaba terreno. En especial la fe en el Rey había disminuido. Después de la muerte de la Reina muchas aldeas habían sido devastadas. Al viejo José lo habían herido y su casa había sido incendiada, convertida en cenizas.

- Niños, dónde están ? - llamaron de arriba.

- Chistt! - nos llaman.

Pero ellos atraídos por lo que ocurría, enseguida olvidaron aquella voz.

La Duquesa pasaba las horas plácidamente abanicada por dos pajes de Etiopía. Era admirada por todos; hermosa y joven morena que lucía riquísimas pedrerías, lujosos collares y pulseras de oro y plata. Gustaba de perfumes exóticos, deleitaba su paladar con exquisitas frutas y en el ambiente esparcía esencias de oriente.

Protegido por los suyos el Duque salía a distraerse cazando con sus certeros halcones amaestrados. Su lujosa vestidura también era negra y bordada y en la espalda lucía su símbolo, el tulipán tejido en finísimas fibras.

Todo parecía indicar que el Duque ganaría la partida. Pero a un descuido, Mateo y Humberto lograron penetrar sigilosamente a su feudo y capturarlo. En vano trató de defenderse. Mateo se batió en duelo con dos tulipanes y los venció. No hirieron al Duque ni le hicieron daño a la Duquesa, pero reconquistaron los dominios del Rey y desterraron los intrusos que pretendían usurparlos y liberaron sus vasallos.

El pueblo a voces proclamó al Rey de las fichas blancas como el único, deseándole larga vida y cantaron las hazañas de Mateo que puso Jaque Mateo al Duque y logró para sí el corazón de la Princesa. Por su parte el Rey agradecido dictó ordenanzas favorables para sus súbditos recompensando su lealtad y valentía.

Cuando Mateo y la Princesa celebraron la boda, el viejo José aún decía :

- Muchacho necio y rebelde: Qué dirá la gente?

- Niños! niños! - Dónde se han metido estos muchachos? - preguntaban alarmadas las señoras buscándolos. Mas cuando al bajar los encontraron mirando el juego de ajedrez y oían unas voces extrañas (dándole la enhorabuena a Suca y Mateo) que salían del tablero, se asustaron y fueron a llamar a sus maridos; y éstos, preocupados de que les fueran a cambiar las posiciones bajaron enseguida - Niños, niños; no toquen el juego, por favor. Vayan a acostarse.

Los señores arrancaron de la mesa a los niños y se fijaron bien en las fichas: Todo estaba en orden, no había pasado nada; mas los niños sabían que no, que había sucedido muchas cosas; que el Rey había ganado y Mateo se había casado con la Princesa. Pero, para qué contárselo a los grandes, si ellos no lo comprenderían?

Mateo y la Princesa
se casaron,
tuvieron pocos hijos...
y vivieron muy felices,
y colorin colorado
este cuento se ha acabado.

Ah! no! falta algo.

Cuando se acostaron los muchachos, maravillados de lo que habían visto ellos mismos con sus propios ojos, no notaron que en la cama de Andrés había uno más, de sombrero de pico y vestido de arlequín; era el Bufón. Cuando lo vieron, éste les hizo muecas y los niños emprendieron la carrera al cuarto de sus padres, contándoles nerviosos lo que les acababa de pasar, pero, por supuesto, por ser mayores, no les creyeron nada; que todo no era más que un sueño. Los que estaban soñando eran ellos... ellos? o los niños ?

Todos nosotros hemos visto como en un sueño, esta partida de ajedrez o la Historia de la Princesa Suca y Mateo enamorado.

Ahora sí, Colorín, Colorado,
Este cuento se ha acabado.